

No propone Cabré guiarnos por toda la obra de Cerverí, sino sólo por la que cae dentro de las tradiciones que considera relevantes para su tesis, y en cuanto importa en su opinión como legado a la poesía venidera. Ha prescindido de poemas sorprendentes dentro de otras tradiciones, ya por la materia que tratan: *Lo vers de la Terra de Preste Joan* (Martín de Riquer, núm. 90). *Lo vers de las erbas* (núm. 92), *Lo vers de Tristayn* (núm. 94) y *Lo vers forçadamen trames* (núm. 96), entre otros, ya por caber dentro de la “tradicón de lo inaudito”, como el *trobar ric*: “Tans... affans... pesans... a dans... tan grans... d’amor/ ... ay... se’s jay...” (núm. 102), “Vers estrayn: Taflamart faflama ho-flomon maflamel” (núm. 97), o la *canso* de versos no más que monosilábicos: “Us/ an/ chon,/ an/ pe-/ san/ dre-/ can” (núm. 54).

En fin, Cabré ha querido colocar los poemas narrativos en el centro de lo duradero de la obra de Cerverí, presentarlo como innovador en la métrica catalana y como arquitecto del puente hacia la escritura posterior: Eiximenis, Pere March, y los cancioneros en tanto que ellos ilustran la poesía del juego cortesano y la tentativa de la enseñanza de nobles caballeros. Cabré sigue a muchos en atribuir a Cerverí y sus tradiciones el impulso para la inclusión del rey Pere el Gran como rey ficticio en *Curial e Güelfa* en el siglo xv, posiblemente también en *Il Purgatorio*, en el *Decamerón* y hasta ¿quién sabe?, en *Much’ado about nothing*.

ALAN SOONS

Massachusetts Center for Renaissance Studies,
Amherst

MELCHOR DE SANTA CRUZ, *Floresta española*. Ed. y estudio prel. de M. Pilar Cuartero y Maxime Chevalier. Crítica, Barcelona, 1997; lx + 551 pp. (*Biblioteca clásica*, 40).

Conozco desde hace mucho la *Floresta* de Melchor de Santa Cruz (en la humilde Colección Austral). Cuando acudo a ella por alguna razón, invariablemente me empico, me engolosino: sigo leyendo páginas y páginas sin ninguna necesidad, por puro placer. Y siempre me ha llamado la atención que un libro no ya tan *legibilis*, sino tan *legendus*, no sea leído. A mis alumnos (estudiantes graduados) suelo preguntarles, a propósito por ejemplo del “Que pida a un galán Minguilla...” de Góngora, si conocen la *Floresta*. La respuesta ha sido siempre *no*. Y entonces los exhorto a leerla. Pues bien, ya que una de las posibles funciones de la reseña es ganar lectores para el libro reseñado, quisiera que la mía fuera una exhortación a cuantos no se han adentrado en esta *Floresta*, abundosa recopilación de anécdotas, cuentecillos, situaciones graciosas, réplicas agudas, sentencias, chistes, epi-

gramas, para que se echen a leerla. El *best-seller* de antaño (porque se editó continuamente durante más de dos siglos: de 1574 a 1790) merece seguir siéndolo hogaño. Es, en verdad, uno de los “clásicos” más sobresalientes del siglo XVI.

Lo único que faltaba era una edición a la altura de nuestros tiempos: buen estudio introductorio, texto rigurosamente establecido (con aparato crítico), notas léxicas, explicaciones, ubicación histórico-cultural de los apotegmas... Lo *único*, digo, pero ¡qué difícil de llevar a cabo! La edición de Maxime Chevalier y M. Pilar Cuartero tiene algo de milagro. Es un monumento de experiencia y sabiduría que no pudo haberse levantado sin una larguísima y paciente labor de investigación.

Basta pensar en lo que es la identificación de las “fuentes”, cosa tan importante siempre (y que con tanto esmero hicieron ya el Brocense y Herrera al editar a Garcilaso). Dada la índole de la *Floresta*, las “fuentes” son muchas y muy variadas; el rastrearlas suele ser complicado. Los apotegmas de Santa Cruz proceden de aquí y allá: de Erasmo, de fray Antonio de Guevara, de Castiglione, de Hernán Núñez, de Timoneda, de Poggio, de Luis de Pinedo, etc., y muy a menudo de la tradición oral, pues los dichos agudos suelen folklorizarse. He aquí un ejemplo brevísimo: “Decía la reina [Isabel la Católica] que el que tenía buen gesto llevaba carta de recomendación” (parte II, cap. 1, núm. 15). Ahora, he aquí lo que hay en la nota respectiva: el dicho se encuentra ya en Diógenes Laercio (“Decía [Aristóteles]... que, para la recomendación, es la hermosura más poderosa que las cartas”); pero Santa Cruz lo conoció por los *Apotegmas* de Erasmo en la traducción de Francisco Támara (1549), o bien por *L'hore di ricreazione* de Lodovico Guicciardini (1565); y al final se nos brinda esta cita de Gracián (*Agudeza y arte de ingenio*): “A la hermosura apodó la reina doña Isabel carta de recomendación”. (En verdad, aunque la *Floresta* nos dice mucho sobre las costumbres y los modos de pensar del siglo XVI, muchos de los apotegmas son de siempre y de todas partes. Hay los que simplemente deleitan o dan lecciones de agudeza, pero hay sobre todo los que deleitan y a la vez instruyen. El apotegma es todo un “género literario”, y muy respetable.)

Otra cosa. Quien emprende una nueva edición de la *Celestina*, del *Lazarillo* o del *Quijote* tiene muy abierto el camino por las que la han precedido; pero esta edición no tiene precedente alguno: aparece de pronto, como Melquisedec, “sine patre, sine matre, sine genealogia”.

El estudio preliminar —“Apotegmas, cuentecillos, motes”—, firmado únicamente por Maxime Chevalier, es una presentación perfecta, inmejorable. Todo lo demás es fruto de su colaboración con M. Pilar Cuartero. El prólogo dice cuanto hay que decir sobre el autor y sobre el libro (su hechura, sus fuentes, su éxito, su difusión

europaea). Las 300 páginas del texto llevan dos series de notas: una sobre “fuentes” y otra con glosas léxicas. Pero lo más jugoso está en las 150 páginas de “Notas complementarias”, que encierran tesoros increíbles de noticias y de reflexiones. Me detengo en una de ellas porque me atañe. En 1961 incluí uno de los apotegmas de la *Floresta* en un estudio sobre equívocos a base de *huevos* (“Fortuna varia de un chiste gongorino”, *NRFH*, 15, 483-504), del cual me he sentido bastante ufano; pero la “nota complementaria” (pp. 390-391) que Cuartero y Chevalier dedican a ese apotegma me deja humillado (aunque nada ofendido): ellos han añadido mucho que yo no conocía, en particular las reapariciones del chiste de los huevos en comedias del siglo de oro, terreno no muy pisado por mí —y uno de los *muchos* que ellos sí pisan.

Me sería muy fácil hacer una reseña larga de este libro. Bastaría, para ello, ejemplificar y ponderar uno a uno sus numerosos méritos. Pero pienso que, esta vez, el mejor homenaje consiste en una reseña breve. (Por culpa de una “deformación profesional” me han venido a la cabeza algunos reparos, pero sería ridículo decirlos. No es justo que en esta succulenta olla podrida caiga el menor mosquito.)

ANTONIO ALATORRE
El Colegio de México

JAVIER GARCÍA GIBERT, *Cervantes y la melancolía. Ensayos sobre el tono y la actitud cervantinos*. Edicions Alfons el Magnànim, Generalitat Valenciana, 1997; 297 pp.

Aniversarios aparte (el cuarto siglo correspondió a Cervantes hace dos años), cuya inercia dura aún, hay un síndrome colectivo que se podría denominar “tentación cervantina”: Centro de Estudios Cervantinos, *Anuario del Instituto Cervantes*, Cervantes para los que gustan viajar con sus computadoras o en discos compactos, más la gigantesca bibliografía (1343 pp.) de Jaime A. Fernández que recoge sólo temas sobre el *Quijote*. A esto se debe añadir la tentación individual, que se manifiesta tanto en repetidas ediciones de sus obras cuanto en descubrir algo no dicho sobre ellas o su autor. Por lo demás, este último decenio se saturó de estudios sobre la melancolía en general; no es extraño entonces que algo de eso toque a Cervantes.

Afirma García Gibert —y le sobra razón— que críticos y épocas tienen su visión particular del autor, algo que se ha llamado el “punto de vista” —quizá mejor el punto de predilección— orientado por entornos culturales o prejuicios que a veces condicionan la lectura. En este caso, la intención de encontrar “lo específicamente cervantino”,